

Godofredo se encaminó en seguida á la calle del Enfer, al número que le había indicado el señor Alain, y encontró allí al doctor Berton, hombre frío y severo, que le dejó asombrado confirmando la exactitud de los detalles que le había dado el señor Bernard sobre la enfermedad de su hija. Allí obtuvo la dirección de Halpersohn.

Este médico polaco, que se hizo después tan célebre, vivía á la sazón en Chaillot, en la calle de Marbeuf, en una casita aislada, cuyo primer piso ocupaba. El general Román Zarnowicki ocupaba el piso bajo, y los criados de ambos refugiados vivían en la boharcilla de aquella pequeña casa, que sólo tenía un piso. Godofredo no pudo ver al doctor, porque, según le habían dicho, había salido á provincias llamado por un enfermo rico; pero casi se alegró de no encontrarle porque, llevado de su precipitación, iba sin dinero, viéndose obligado á volver á la calle de la Chanterie á buscarlo.

Estas correrías y el tiempo que invirtió en comer en una fonda de la calle del Odeón, bastaron para que llegase la hora en que Godofredo había quedado en ir á tomar posesión de su nueva habitación de la calle de Mont-Parnasse. Nada más miserable que el mobiliario con que la señora Vauthier había amueblado los dos cuartos. Parecía que aquella mujer estuviese acostumbrada á alquilar habitaciones que no hubiesen de ser habitadas. Evidentemente, la cama, las sillas, la mesa, la cómoda y las cortinas provenían de subastas judiciales en que el usurero se había quedado para sí los muebles, al ver que no podía obtener su valor intrínseco, cosa bastante frecuente en casos análogos.

La señora Vauthier, con los brazos en jarras, esperaba á que le diese las gracias, y habiendo tomado la sonrisa de Godofredo por una sorpresa, le dijo con aire triunfante:

—¡Ah! mi querido señor Godofredo, le he esco-

gido á usted lo mejor que tenemos... ¡Vea usted qué bonitas cortinas de seda y qué cama de caoba que no está *picada de las chinches!*... Ha pertenecido al príncipe de Wissembourg, y proviene de su palacio. Cuando dejó la calle de Luis el Grande, en 1809, era yo cocinera suya. De allí pasé, en esa fecha, á la casa de mi propietario.

Godofredo detuvo el flujo de las confidencias pagando el mes por adelantado y dándole también por adelantado á la señora Vauthier los seis francos para que le limpiase la habitación. En aquel momento oyó ladrar, y si no hubiese estado prevenido por el señor Bernard, hubiese creído que su vecino tenía un perro en casa.

—¿Ladra ese perro de noche?

—¡Oh! no tenga usted cuidado, señor, y tenga paciencia, que no le queda que sufrir más que esta semana. El señor Bernard no pagará el mes y lo echaremos á la calle. Crea usted que son gentes muy raras. Yo no les he visto nunca el perro. Ese animal sólo se oye por meses, ¿qué digo? pasan á veces seis meses sin que se le oiga, y por lo tanto, es de creer que no tengan perro alguno. De todos modos, si lo tienen, no sale de la habitación de la señora. Tienen una señora que está muy enferma; desde que ha entrado aquí no ha vuelto á salir de su cuarto. El anciano señor Bernard trabaja mucho y su nieto también, que está de externo en el colegio de Luis el Grande, acabando el bachillerato á los dieciséis años. ¡Es muy travieso!... ¡pero también es verdad que trabaja como un condenado!... Ahora les sentirá usted quitar las flores del cuarto de la señora, pues aunque ni el abuelo ni el nieto no comen más que pan, compran flores y golosinas á la señora... Muy mala debe estar esa señora cuando no ha salido desde que ha entrado aquí, y, según dice el señor Berton, el médico que viene á verla, sólo saldrá con los pies hacia adelante.

—Y ¿qué hace el señor Bernard?

—Al parecer, es un sabio, escribe, va á trabajar á las bibliotecas, y el señor le compra lo que él compone.

—¿Qué señor?

—Mi propietario, el señor Barbet, el antiguo librero que estuvo establecido hace dieciséis años. Es un normando que vendía ensalada en las calles, y que puso un puesto de libros viejos en los muelles el año 1818; después logró poner una pequeña tienda, y ahora es muy rico. Es una especie de judío que ejerce treinta y seis oficios, pues parece que está asociado con el italiano que hizo construir esta casa para criar gusanos de seda.

—De modo que esta casa es el refugio de los autores desgraciados? dijo Godofredo.

—¿Es que el señor tiene también la desgracia de ejercer esa profesión? preguntó la viuda Vauthier.

—Ahora la empiezo, respondió Godofredo.

—Pues mire usted, señor, todo el mal que le deseo es que no pase usted de ahí... Periodista pase, pero lo demás...

Godofredo no pudo menos de reirse, y dió las buenas noches á aquella portera que, sin saberlo, representaba á la burguesía. Al acostarse en aquel horrible cuarto cuyo piso era de ladrillos encarnados y cuyas paredes estaban cubiertas con un papel de treinta y cinco céntimos el rollo, Godofredo echó de menos, no sólo su habitación de la calle de la Chanoinesse, sino también la sociedad de la señora de la Chanterie. Sintió en su alma un gran vacío. Había adquirido ya ciertos hábitos, y no recordó haber experimentado semejantes molestias en ninguna ocasión de su vida anterior. Esta comparación produjo un efecto prodigioso en su alma, comprendió que ninguna vida podía valer lo que valía la que intentaba abrazar, y su resolución de llegar á ser émulo del buen padre Alain fué irrevocable. No tenía vocación, pero tuvo voluntad.

Al día siguiente, Godofredo, acostumbrado á levantarse muy temprano, vió por la ventana á un joven de unos diecisiete años, vestido con una blusa, que venía sin duda de una fuente pública, llevando en las manos sendos cántaros llenos de agua... La cara de aquel joven, que no sabía que lo observaban, dejaba translucir sus sentimientos, y Godofredo no había visto nunca nada tan sencillo, pero tampoco tan triste. Las gracias de la juventud estaban ajadas por la miseria, por el estudio y por las grandes fatigas físicas. El nieto del señor Bernard llamaba la atención por su tez de extraordinaria blancura, realzada por sus negros cabellos. Hizo tres viajes. Al tercero, vió descargar una carretada de leña verde, que Godofredo había pedido la víspera, pues el invierno tardío de 1838 empezaba á dejarse sentir, y había nevado un poco durante aquella noche.

Nepomuceno, que acababa de empezar su tarea del día yendo á buscar aquella leña, hablaba con el joven, esperando á que el serrador le diese la carga que tenía que subir. Era fácil adivinar que el frío que se había echado encima de repente inquietaba al nieto del señor Bernard, y que la vista de aquella leña y del color grisáceo del cielo le recordaban la necesidad de hacer su provisión. Pero de pronto el joven, como si se hubiese reprochado el haber perdido aquel tiempo precioso, tomó los dos cántaros y entró precipitadamente en la casa. En efecto; eran las siete y media, y al oirlas en el reloj del convento de la Visitación, se acordó de que á las siete y media tenía que estar en el colegio de Luis el Grande. En el momento en que el joven entraba, Godofredo iba á abrir á la señora Vauthier, que acudía á encender el fuego de su nuevo vecino, de modo que éste fué testigo de una escena ocurrida en el descansillo de la escalera. Un jardinero de la vecindad, después de haber llamado varias veces á la puerta del señor Bernard, sin que hubiese acudido nadie, pues la campanilla estaba obstruída con

papeles, tuvo una disputa bastante grosera con el joven, exigiéndole el dinero que le debían por las flores que les había traído. Como este acreedor levantase la voz, el señor Bernard apareció y le dijo á su nieto:

—Augusto, vístete, que ya es hora de ir al colegio.

El anciano cogió los dos cántaros y los metió en la primera pieza de su habitación, donde se veían flores en jardineras; después cerró la puerta y volvió á hablar con el jardinero. La puerta de Godofredo estaba abierta, porque Nepomuceno había empezado sus viajes é iba amontonando la madera en el primer cuarto. El jardinero se había callado delante del señor Bernard, que, vestido con una bata de casa de seda color violeta, tenía un aire imponente.

—Ya podía usted pedir lo que se le debe sin gritar, le dijo el señor Bernard.

—Sea usted justo, mi querido señor, dijo el jardinero, tenían ustedes que pagarme todas las semanas, y hace ya tres meses, diez semanas, que no he recibido nada y me están debiendo doscientos veinte francos. Estamos acostumbrados á alquilar flores á gente rica que nos paga tan pronto como descamos, y esta es la quinta vez que vengo sin resultado. Tenemos que pagar nuestros alquileres y nuestros obreros, y créame que yo no soy mucho más rico que usted. Mi mujer, que les traía á ustedes leche y huevos, no vendrá tampoco esta mañana. Le deben ustedes ya treinta francos, y-ella prefiere no venir por no atormentarles, pues mi mujer es muy buena. Si yo le hiciese caso á ella, me sería imposible comerciar. Por eso yo no puedo hacerle caso, ¿comprende usted?

En este momento salió Augusto vestido con una mala levita de paño verde y un pantalón del mismo color, una corbata negra y unas botas viejas. Este traje, aunque cuidadosamente cepillado, acusaba la indigencia llegada al último extremo, pues eran las prendas demasiado cortas y estrechas, de modo que el estudiante parecía que iba á reventarlas al menor

movimiento. Las costuras blancas, la superficie lustrosa; los ojales estaban deshilachados, y á pesar de los zurcidos, ofrecían á los ojos de los expertos los lastimosos estigmas de la indigencia. Aquella librea contrastaba con la juventud de Augusto, que se fué comiendo un pedazo de pan duro, en el que sus hermosos y blancos dientes dejaban impresas sus señales. Almorzaba durante el trayecto que tenía que recorrer desde el boulevard de Mont-Parnasse á la calle Saint-Jacques, llevando sus libros y sus papeles debajo del brazo y cubierto con una gorra que era ya muy pequeña para su gran cabeza, cuyo volumen aumentaba su hermosa cabellera negra.

Al pasar por delante de su abuelo, cambió con él una espantosa mirada de tristeza, pues le veía afrontando una dificultad casi insuperable y cuyas consecuencias eran terribles. Para dejar paso al estudiante, el jardinero se echó hacia atrás, llegando hasta la puerta de Godofredo; y en el momento en que este hombre se encontraba en la puerta, Nepomuceno, cargado de leña, interceptó el descanso, obligando al acreedor á recular hasta la ventana.

—Señor Bernard, gritó la viuda Vauthier, ¿cree usted acaso que don Godofredo ha alquilado su cuarto para que usted tenga sus conferencias en él?

—Dispense usted, señora, respondió el jardinero; pero como el descansillo estaba interceptado...

—No, si no me dirijo á usted, señor Cartier, dijo la viuda.

—Quédese usted aquí, exclamó Godofredo dirigiéndose al jardinero. Y usted, mi querido vecino, si necesita mi cuarto para tener una explicación con el jardinero, aprovéchese de él, añadió dirigiéndose al señor Bernard, que había recibido impasible la injuria de la portera.

El anciano, alclado por el dolor, dirigió á Godofredo una mirada de agradecimiento.

—Respecto á usted, mi querida señora Vauthier,

no sea tan grosera con este caballero, á quien, aparte de ser un anciano, debe usted el favor de verme albergado aquí.

—¡Bah! exclamó la viuda.

—Si la gente pobre no se ayuda entre sí, ¿quién la ayudará? Déjenos usted, señora Vauthier, que yo mismo soplaré el fuego. Vea usted de meter parte de mi leña en su bodega, que creo que buena falta tendrá usted de ella.

La señora Vauthier desapareció, pues Godofredo, dándole parte de la leña, acababa de dar pasto á su avidez.

—Entren ustedes por aquí, señores, dijo Godofredo haciendo una seña al jardinero y presentando sendas sillas al deudor y al acreedor.

El anciano permaneció de pie, pero el jardinero se sentó.

—Veamos, mi querido señor Cartier, los ricos no pagan tan regularmente como usted dice, y es preciso no atormentar por algunos luises á un hombre digno. Este señor percibe su pensión cada seis meses, y si usted se muestra tan exigente, yo mismo le anticiparé esa suma.

—El señor Bernard percibió su pensión hace veinte días, y sin embargo no me ha pagado. Sentiría mucho molestarle, pues es parroquiano antiguo.

—¡Cómo! y ¿haciendo tanto tiempo que lo conoce?...

—Sí, hace seis años que le traigo flores, y siempre me ha pagado bien.

El señor Bernard, que prestaba oído á todo lo que pasaba en su habitación sin hacer caso de esta conversación, oyó gritos á través de los tabiques y se fué asustado sin decir palabra.

—Vamos, buen hombre, traiga usted al señor Bernard las flores más hermosas que usted tenga, y que su mujer traiga huevos y leche, que yo lo pagaré todo esta noche.

Cartier miró á Godofredo de una manera singular.

—Usted sin duda está mejor enterado que la señora Vauthier, la cual me ha venido á decir que me diese prisa si quería que me pagase, dijo el jardinero. Señor, ni la portera ni yo hemos podido explicarnos nunca cómo es que esta gente que come pan y que recoge restos de legumbres y de patatas en las puertas de las fondas, pues yo mismo he sorprendido al pequeño llenando un cabás de estos desperdicios, cómo es, repito, que esa gente gasta cerca de cuarenta francos al mes en flores... Dicen que el viejo no tiene más que tres mil francos de pensión.

—En todo caso, usted es el que menos debe criticar el que se arruinen comprando flores, replicó Godofredo.

—Sí, con tal que me paguen.

—Tráigame usted la factura.

—Está muy bien, señor, dijo el jardinero con cierto respeto. ¿Quiere acaso el señor ver á la dama escondida?...

—Vamos, amigo mío, usted no sabe lo que se dice, replicó secamente Godofredo. Vuelva usted á su casa, escoja las flores más hermosas que tenga, y tráigalas para substituir á las que se lleva usted en este momento. Si puede usted traerme buena crema y huevos frescos, seré su parroquiano y mañana iré á ver su establecimiento.

—Es uno de los más hermosos de París, y expongo mis frutos en el Luxemburgo. Mi huerta, que tiene tres fanegas, está situada en el bulevard, detrás del jardín de la Grande-Chaumiere.

—Muy bien, señor Cartier. Por lo que veo, es usted más rico que yo. Tenga usted alguna consideración con nosotros, pues sabe Dios si llegaremos á necesitarnos mutuamente.

El jardinero salió, preocupándole mucho la idea de quién podría ser Godofredo.

—¡Y pensar que yo he sido lo mismo que esta

gentel se dijo Godofredo soplando el fuego. ¡Qué admirable representante del burgués de hoy! chismoso, curioso, partidario de la igualdad, ansioso de parroquianos, furioso porque no puede saber la causa que obliga á un pobre enfermo á no salir de su cuarto, ocultando su fortuna, y envanecido con ella y poniéndola de manifiesto cuando se trata de humillar al vecino. Este hombre debe ser lo menos teniente de su compañía. Si permanece un instante más, hubiera tenido ya un amigo en el señor Cartier.

El gran anciano interrumpió este soliloquio de Godofredo, que prueba lo mucho que habían cambiado sus ideas en cuatro meses.

—Dispéñeme usted, vecino, le dijo con voz turbada, veo que ha logrado usted que el jardinero se vaya satisfecho, pues acaba de saludarme muy cortésmente. La verdad es, joven, que la Providencia parece que le ha enviado á usted aquí en el momento en que íbamos á sucumbir. ¡Ay de mí! ¡una indiscreción de este hombre le ha hecho á usted adivinar muchas cosas! Es verdad que recibí el semestre de mi pensión hace quince días; pero tenía deudas más apremiantes que esta, y he tenido que reservarme el dinero para pagar el alquiler, so pena de ser arrojado de aquí. Usted, á quien he confiado el estado de mi hija y que la ha oído...

Y el anciano miró con aire inquieto á Godofredo, que hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, juzgue usted si el golpe sería de muerte... sería preciso llevarla al hospital... Mi nieto y yo temíamos que llegase este día, y no lo temíamos precisamente por Cartier, sino por el frío.

—Mi querido señor Bernard, yo tengo aquí leña, tome usted la que quiera, repuso Godofredo.

—¿Cómo pagar nunca tales favores? No.

—Aceptándolos sin cumplimiento y concediéndome toda su confianza, replicó vivamente Godofredo.

—Pero ¿qué derechos tengo yo á tanta generosidad?

preguntó el señor Bernard volviéndose desconfiado. Mi orgullo y el de mi nieto están vencidos, exclamó, pues nos hemos visto obligados á entrar en explicaciones con los dos ó tres acreedores que tenemos. Los desgraciados ni siquiera pueden tener acreedores, pues para tenerlos, se necesita gozar de un cierto esplendor externo que nosotros hemos perdido. Pero yo aun no he abdicado de mi buen sentido, de mi razón, añadió como si hablase consigo mismo.

—Caballero, respondió seriamente Godofredo, el relato que usted me hizo ayer, arrancaría lágrimas al mayor usurero.

—No, no, porque Barbet, ese librero, el propietario de la casa, especula con mi miseria y la hace espiar por esa Vauthier, su antigua criada.

—Pero ¿cómo puede especular con usted? preguntó Godofredo.

—Ya se lo contaré á usted después, respondió el anciano. Mi hija puede tener frío, y puesto que usted lo permite, como estoy en una situación que me obligaría á recibir una limosna de mi más cruel enemigo...

—Yo mismo le llevaré á usted la leña, dijo Godofredo, que atravesó el descansillo llevando una docena de troncos y depositándolos en el primer cuarto de la habitación del anciano.

El buen señor había tomado otros tantos, y cuando vió aquella provisión de leña, no pudo reprimir la sonrisa necia y casi estúpida con que expresan su alegría las gentes salvadas de un peligro mortal que les parece inevitable. El carácter especial de esa sonrisa depende de que la alegría está aún mezclada con restos de terror.

—Mi querido señor Bernard, acepte usted todo de mí sin desconfianza, y cuando su hija esté salvada, cuando sean ustedes felices, yo le explicaré á usted todo esto... Pero hasta entonces, déjeme usted obrar... He ido á casa del médico judío, y, desgraciadamente,

Halpersohn está ausente y no volverá hasta dentro de dos días.

En este momento, una voz, que á Godofredo le pareció fresca y melodiosa y que realmente lo era, pronunció estas dos expresivas notas: «¡Papá! ¡papá!»

Mientras hablaba con el anciano, Godofredo había observado ya en las ranuras de la puerta que estaba enfrente de la de la puerta de entrada, las líneas blancas de una pintura fresca, líneas que revelaban grandes diferencias entre el cuarto de la enferma y las demás piezas de aquella habitación; pero su curiosidad, tan vivamente excitada, llegó entonces á su último grado; su misión benéfica no era ya más que un pretexto, y su mayor deseo era ver á la enferma. Se negaba á creer que una criatura dotada de semejante voz pudiese ser objeto de penas.

—¡Cuánto se molesta usted, papá! decía la voz. ¡Dios mío!... A su edad, ¿por qué no toma usted más criados?

—Ya sabes, mi querida Vanda, que no quiero que te sirva nadie más que tu hijo y yo.

Estas dos frases, que Godofredo oyó á través de la puerta, le hicieron presentir la verdad. La enferma, rodeada de lujo, debía ignorar la situación real de su padre y de su hijo; la bata de seda del señor Bernard, las flores y su conversación con Cartier, habían hecho concebir algunas sospechas á Godofredo, que permanecía allí alelado ante aquel prodigioso amor paternal. El contraste entre el cuarto de la enferma, tal como él se lo figuraba, y el resto de la casa, era asombroso, como todo el mundo puede juzgar.

Por la puerta del tercer cuarto, que el anciano había dejado entreabierta, Godofredo vió dos camitas de madera pintada como las que se usan en las casas de huéspedes más baratas, y estas camitas estaban provistas de un jergón y un colchón sumamente delgados, sobre los cuales no había más que un cobertor. Un pequeño hornillo portátil, semejante al que

suelen usar los porteros, y bajo el cual se veían algunas cortezas de árbol, hubiese explicado la pobreza del señor Bernard, sin tener en cuenta los otros detalles que armonizaban en un todo con aquel horrible hornillo.

Dando un paso, Godofredo vió desparramada por uno y otro sitio la batería de cocina de las casas más pobres: cuencos de tierra, en donde nadaban unas patatas en un agua sucia. Dos mesas de madera negras, cargadas de papeles, de libros, y colocadas delante de la ventana que daba á la calle de Notre-Dame des Champs, indicaban las ocupaciones nocturnas del abuelo y del nieto. En estas dos mesas había dos candeleros de hierro colado, como los que usan los pobres, en los que Godofredo vió sendas velas de las más baratas, es decir, de esas que entran ocho en libra.

Sobre una tercera mesa, que servía de mesa de cocina, brillaban dos cubiertos y una cucharita de plata sobredorada, unos platos, una copa, tazas de porcelana de Sevres, y dos cuchillos de plata sobredorada y de acero y su estuche, en una palabra, la vajilla de la enferma.

El hornillo estaba encendido, y el agua que había puesta á calentar humeaba débilmente. Un armario de madera pintada contenía sin duda la ropa y los efectos de la hija del señor Bernard, pues á los pies del lecho del padre vió doblado y puesto del revés el traje que llevaba la víspera.

Otras ropas viejas, colocadas del mismo modo en el lecho del hijo, hacían presumir que todo su vestuario estaba allí. Debajo de las camas vió Godofredo el calzado. El piso, que se barría sin duda muy rara vez, se parecía al de los cuartos de las casas de huéspedes pobres. Un pan de seis libras encentado se veía sobre una tabla que había encima de la mesa. En fin, que aquello era la miseria en su último período, la miseria perfectamente organizada con la fría decencia

del que se resigna á soportarla; la miseria avasalladora que quiere, debe y no puede hacer lo que desea, y que entonces invierte el uso de todos sus pobres muebles. Un olor fuerte y nauseabundo salía de aquella habitación, que rara vez se limpiaba.

La antesala, donde se encontraba Godofredo, era por lo menos conveniente, y éste comprendió que servía para ocultar los horrores de la que ocupaban el nieto y el abuelo. Esta antesala, empapelada, estaba amueblada con cuatro sillas de nogal, una mesita, un retrato del Emperador hecho por Horacio Vernet, el retrato de Luis XVIII, y los de Carlos X y el príncipe Poniatowski, el amigo sin duda del suegro del señor Bernard. La ventana estaba provista de cortinas de indiana con franjas y ribetes encarnados.

Godofredo, que esperaba á Nepomuceno, viendo que éste subía una carga de leña, hizo que la descargase con mucho cuidado en la antesala del señor Bernard, y, con una prudencia que probaba los progresos que había hecho el iniciado, cerró la puerta del tugurio para que el muchacho de la viuda Vauthier no pudiese darse cuenta de la miseria del anciano.

La antesala estaba entonces ocupada por tres jardineras llenas de magníficas flores, dos oblongas y una redonda, las tres de palisandro y sumamente elegantes; así es que Nepomuceno no pudo menos de decir, después de haber colocado la leña en el suelo:

—¡Es muy bonito esto!... ¡Y debe costar carol...

—Juan, no haga usted tanto ruido... gritó el señor Bernard.

—¿Lo oye usted? dijo Nepomuceno á Godofredo. Ese pobre viejo debe estar tocado.

—Y ¿sabes tú como estarás á su edad?

—¡Oh! ¡ya lo creo que lo sé! respondió Nepomuceno. Estaré en un azucarero.

—¿En un azucarero?

—Sí, porque sin duda habrán hecho negro con

mis huesos. He visto muchas veces ir á Montsouris á los carreteros de las refinerías á buscar huesos para sus fábricas, y me dijeron que los empleaban para hacer azúcar.

Y se fué á buscar más leña después de haber dado esta filosófica respuesta.

Godofredo cerró discretamente la puerta del anciano señor y lo dejó solo con su hija. La señora Vauthier, que entretanto había hecho el almuerzo de su nuevo inquilino, se presentó á servirle, ayudada de Felicidad. Godofredo, sumido en sus reflexiones, miraba el fuego de su chimenea. Estaba embebido en la contemplación de aquella miseria que encerraba tantas miserias diferentes, pero donde entreveía también las inefables alegrías de los mil triunfos alcanzados por el amor filial y paternal. Aquello eran perlas sepultadas en el pozo de una mina.

—¿Qué novelas, por muy célebres que sean, valen lo que estas realidades? ¿Qué vida iguala á la que se hace uniéndose á semejantes seres, procurando penetrarse de las causas y efectos de sus males, calmando los dolores y ayudando al bien?... ¡Ir de este modo á encarnarse con la desgracia y á iniciarse en tales interiores! Tomar parte perpétuamente en los dramas nacientes, cuya pintura hecha por los más célebres autores nos encanta!... No sabía yo que el bien tuviese más atractivos que el vicio.

—¿Está el señor contento? preguntó la señora Vauthier, que, ayudada por Felicidad, acababa de colocar la mesa al lado de Godofredo.

Godofredo vió entonces una excelente taza de café con leche, acompañada de una humeante tortilla y de rabanitos asados.

—¿Dónde diablos ha buscado usted estos rábanos? preguntó Godofredo.

—Me los ha regalado el señor Cartier, y he querido obsequiarle á usted con ellos, respondió la portera.